

que, precipitándose, se rompían, imprimían movimiento á otras piedras, abrían las columnas, destrozaban á los soldados y arrojaban al camino, brazos y piernas y filas enteras desparramadas como cascos de metralas y lo imponente del camino hacía imposible la huida. Inútilmente yendo al ataque, los soldados católicos se ponían al abrigo con pedazos de madera, altos y resistentes, con sacos de paja ó con figinas: los grandes peñascos, bajan lo á atroces saltos, con la fuerza de balas de cañon revolvían, machacaban y trituraban cuanto encontraban y se estrechaban en el fondo del valle, manchadas de sangre y de entrañas deshechas como gigantescos destrozos de carne, arrojados desde las cimas. Los cambios repentinos de tiempo favorecían tambien á los valdenses. A veces una columna de ataque se encontraba envuelta en pocos momentos por una densísima niebla, como por una inmensa nube de humo llevada por el viento; los soldados no veían ya nada, se introducía el desorden en las filas, todos iban y venían atropellándose, llamándose, buscando inútilmente el camino para volver; un tambor ó un cuerno valdense que sonase entonces, llevaba el pánico á toda la columna: oían acercarse enemigos por todas partes, crecíanse cercados, se mataban unos á otros, se des-

bandaban en todas direcciones como reses heridas por saetas.

Mas de una vez, sin embargo, equivocando el camino combatiéndose en retirada, asediados por dos lados, se encontraban encerrados, aglomerados en una hondonada, bajo el fuego de los valdenses defendidos detrás de las peñas, enseñoreados de los árboles y de las cabañas, desde donde no erraban un golpe, y no acertaban á salvarse, más que cubriendo el camino de la retirada de cadáveres y heridos, y dejando grupos de prisioneros en todos los huecos.

Otras veces, finalmente, enervados por largas marchas y por trabajosas subidas, desesperados de vencer, espantados de aquel enemigo incansable é invisible que les amenazaba por todas partes envolviéndolos continuamente como un ejército alado que los diezmaba con mil armas y con mil artificios imprevisitos, misteriosos, satánicos, un invencible terror pánico les asaltaba por mucho tiempo en medio del combate, un miedo fantástico á la montaña, un terror loco á aquellos peñascos enormes y á aquellas gargantas tenebrosas, llenas de asechanzas, de temores y de muerte, y entonces emprendían todos precipitada fuga esconndiéndose vertiginosamente entre los peñascos, resbalándose á lo hondo por las piedras

mojadas por los arroyuelos convertidos en precipicios de hielo, saltando unos sobre otros en descenso por los escalones de los bancales, despedazándose en lo hondo, en los peñascos, sin esperanza de salvacion, agarrándose á los arbustos, de los picos, suspendidos sobre el abismo, no oyendo las voces de mando de los oficiales, se empujaban, se atropellaban, se herian con sus propias manos, arrojaban las armas, se internaban en los viñedos y matorrales como bestias encerradas en jaulas, se dejaban alcanzar, se dejaban matar, se echaban á los precipicios por salvarse de los arcabuces, se ahogaban en el torrente por escapar de las espadas, se echaban contra las espadas por huir de los peñascos y morian helados sobre la nieve para esconderse de los perseguidores.

Los más valientes, por otra parte, los jefes, los que habían tomado las armas por fanatismo religioso y los que se encontraban combatiendo en puntos sin salida, resistían todavía; la batalla se dividía en muchos combates parciales, en luchas de cuatro, de ocho, de diez, que se perseguían despues uno por uno largamente, sobre los peñascos, con ensañamiento feroz, rugiendo amenazas de muerte y de condenacion; duelos horribles se empeñaban sobre eminencias solitarias; los oficiales, reunidos despues de carreras desesperadas sobre los precipicios, caían exte-

nuados, ofreciendo inútilmente rescate como Luis de Monters; otros como Cárlos Freschet, tendidos en tierra por una pedrada, eran degollados y permanecían sus cadáveres insepultos sobre el hielo; otros, escapando con mucho trabajo á la matanza, erraban por la nieve desnudos, ensangrentados, pidiendo socorro, medio locos, volvían despues al campo y á sus casas con enfermedades extrañas de las cuales morían, ó atormentados años y años por alucinaciones espantosas, sobrecogidos por visiones constantes de aquellos peñascos, de aquellos precipicios, de aquellos montes horribles, de aquellas huidas de locos frenéticos, que llenaban el valle de ahullidos.

¡Ah! no eran de ningun modo aquellos antiguos pastorcillos valdenses, mansos como corderillos ni sufridos hasta el martirio! Tratados como fieras, como tales se portaban luego.

Se comprende bien cómo tendría ejercitado el brazo en la honda el jovencillo á quien habían martirizado su madre, y el pulso de acero en la pica, el hombre á quien habían hecho pedazos sus hijos; se comprende cuánto debían penetrar en las espaldas de los fugitivos las armas impulsadas por tales manos.

Sería un espectáculo conmovedor oír á los pastores que los seguían, ordenarles que desistieran del derrocamiento de sangre, en nombre del Dios de

la misericordia y el amor. No bastaba ya vencer, tenían necesidad de castigar, de vengarse, de hacer pagar la crueldad con la desesperación, y el tormento con el exterminio.

Y sin embargo, aun en aquellas feroces batallas, tenía la religión algo de augusto y de solemne.

¡Qué espectáculo debían presentar sobre los montes aquellas largas filas de valdenses con grandes sombreros, melenas á lo nazareno, aquellos viejos armados de arcabuces, aquellos muchachos con las hondas, aquellos jóvenes con las picas, aquellos pastores con la Biblia, cuando antes de combatir, se arrodillaban todos juntos sobre las peñas, á la luz del sol naciente, alzando la cara y las manos al cielo para pedir á Dios la victoria, y detrás de ellos las mujeres y los niños, que tenían dispuesta la pólvora y preparadas las piedras, y más atrás los viejos decrepitos, los enfermos, los inválidos, los chiquillos que rezaban y lloraban; mientras abajo en el valle los batallones se preparaban al asalto, apostrofándolos con un coro infernal de blasfemias y de injurias!

Después silbaban á través de la niebla las balas y se arrojaban las piedras, las flechas y los peñascos, los heridos ahullaban, las peñas destilaban sangre, los cascos y las espadas saltaban de trecho en trecho, las columnas se deshacían y volvían la espalda, y ro-

daban juntos abajo por los precipicios y las hendiduras, muertos, moribundos, maderos, tambores, alabardas, alféreces, peones, infantes, estandartes, mientras sobre las alturas, doradas por el sol, resonaban los cantos solemnes y cadenciosos de la victoria.

¡Maldición del cielo! Tantos bravos y nobles piemonteses, oficiales valientes y ambiciosos, que esperaban poder contar sus victorias en los salones de Turin, tantos jóvenes voluntarios de la fé, que habían creído firmemente ir á combatir teniendo dos ángeles á su lado, tantos aventureros que habían ido allí como á una guerra fácil de saqueos y atropellos: ¡qué rabia mortal, qué angustiosa vergüenza debían de sentir en el ánimo durante aquellas miserables fugas, cuando volviéndose á mirar á lo alto, veían sobre las cumbres aquellas tropas de espectros, aquellos rebaños de andrajosos, de hambrientos y de miserables que ninguna fuerza humana podía dominar!

En vano los frailes, en vano los misioneros, á cada asalto del ejército, esperaban á la embocadura del valle que los vencedores volviesen, arrastrando consigo hasta los últimos restos de los incrédulos, para hacer de ellos papistas ó cadáveres.

Y los últimos restos no llegaban nunca. No llegaban más que los soldados de la Inquisición, á la desbandada, descompuestos, ensangrentados, llevando en

camillas á sus compañeros, con la frente herida y ocultando por vergüenza las cruces de sus banderas.

¡Quién hubiese dicho entonces á aquellos soldados y á aquellos frailes que bajo aquella misma cruz blanca, los cañones de la casa de Saboya destruirían un día las puertas de la ciudad del Papa!

\*  
\* \*

Nos volvimos á poner en camino y entramos en Prado de Torno. Parecía efectivamente que se entraba por los muros de una fortaleza. A los pocos pasos me acordé de aquel terrible *desfiladero de la Hacha*, donde Mauvert hace morir de hambre á 20.000 bárbaros, en su novela.

Los peñascos altísimos presentan formas raras de torres, de fachadas de catedrales, de grandes arcos de galería; algunas de palacios aéreos erigidos allá arriba en la region de las nubes, alrededor de los cuales vuelan los buitres y las águilas.

Aquí y allí á grandes alturas, se ven pequeñas mesetas verdes donde pacen cabras, que al mirarlas produce vértigo delante de pequeñas casas que parece puestas allí por milagro y que están pegadas á las peñas como nidos de pájaros. Más abajo, otros grupos de casitas toscas y negras apoyadas sobre las laderas de los montes bajo la perpétua amenaza de los témpanos de nieve y los desprendi-

mientos de las peñas que algunas veces las sepultan y las deshacen como juguetes de cristal.

Aunque allí no vimos á nadie, Prado del Torno esta habitado por cerca de 500 personas entre valdenses y católicos; algun pescador de truchas allá abajo entre las piedras del torrente, un círculo de niños á la sombra de un acebo, una mujer que sacaba pan negro del horno en un corralillo. El torrente apenas hacía ruido. Después de media hora de camino en silencio, llegamos á una peña, donde hay un templete nuevo de estilo mixto de gótico y árabe como un pabellon de jardin.

Al pié de la roca, hay unas pocas casas y una iglesia católica.

El valle parecía cerrado por todas partes; á la izquierda por los montes que forman el puerto de Falchero, á la derecha por los montes de Poirán y del Infierno, escabrosísimos, desnudos, grises, todos pedregosos, que se perdían en el cielo. Estábamos como caídos en un lazo de la montaña, prisioneros, separados del mundo, en el borde de un enorme sepulcro cóncavo, abierto hácia el cielo y todo alrededor ni un ruido, ni una cara, ni una voz humana.

Solamente había allí una muchacha de doce á trece años, una vaquerilla, descalza, con un

andrajó de vestido, sentada en el suelo delante de la iglesia leyendo un libro. Miré el título: era una *Historia de la iglesia valdense*, un volumen de tamaño grande y elegante, impreso en París. Tomé apunte de esto en mi libro de memoria. Era la primera campesina italiana á quien veía leer.

Habíamos llegado al fin, á aquel misterioso Prado del Torno, fortaleza, corazón, santuario de los valles.

Allí, en los primeros tiempos de los valdenses, estaba el Seminario teológico de los *barbas*, la antigua escuela "educadora de pastores, de evangelistas y de mártires," en la cual se instruían los jóvenes alumnos en las Sagradas Escrituras y en el latín, se copiaban manuscritos de la Biblia y se componían tratados religiosos; y de aquí salían después los nuevos pastores dos á dos y se extendían por el mundo ejerciendo las profesiones de comerciantes, de cirujanos y de médicos para difundir con más facilidad la palabra de Dios, é iban á encontrar á sus hermanos de Calabria y Pughia y sus discípulos de Moravia, de Hungría y de Bohemia.

¡Quién sabe las figuras extrañas de ascetas, de se- tentones venerables, de jovencillos enardecidos de fé, y qué maravillosas vidas de humildad y de sacrificio pasarían entre aquellas montañas!

Estaban bien distantes entonces, sin duda, de imaginar que aquel ángulo tranquilo de sus valles, había de ser en los siglos venideros asaltado con tanta furia, por tantos ejércitos y regado todo él de tanta sangre. Que en efecto fué como el último baluarte del pueblo valdense en toda la guerra.

Allí acudían de todos los valles las familias, y los restos de las familias que estaban allí meses, alimentándose con hierbas y leche.

La compañía de los arcabuceros volantes, con sus dos jefes, se reunía allí, despues de sus atrevidas expediciones. Allí habían construido casas, hornos, almacenes, molinos; se fabricaban picas y se fundian balas. Millares de personas trabajaban, rezaban, se ejercitaban en las armas, llevaban piedras y troncos de árboles á las barricadas, subían sobre las cimas para espiar al enemigo. Era como un hormiguero, una masa continua de gente agitada constantemente por el terror, por la esperanza, por la gloria de la victoria y por el presentimiento de la próxima desgracia. Porque veían todo desde allí, veían las columnas enemigas venir sobre las crestas desnudas de los montes, reluciendo á los rayos del sol, y bajar lentamente, y los valdenses subir, escondidos para asaltarlos por el costado; veían la refriega, oían los gritos, contaban los caidos, estaban allí encima, in-

móviles, esperando el fin de los combates que para ellos podía ser la prision, la dispersion, la pérdida de los hijos, el tormento, y despues de ello, la muerte.

¡Con qué loca alegría debían lanzarse al encuentro de sus defensores cuando volvían victoriosos, arrojando sobre las orillas del torrente, brazadas de alabardas, de corazas, de morriones, de uniformes, entre cuyos objetos rodaba alguna vez la cabeza de alguno de sus más feroces perseguidores!

De noche, en el corazon del invierno, despues de huidas muy peligrosas, llegaban allí multitud de fugitivos, á los cuales el horror de los destrozos vistos, les dejaba mudos durante muchos días; llegaban despues de un viaje de muchos meses, ataviados extrañamente y estenuados por los trabajos, los pocos que se libran de los estragos de Calabria; allí llegaban, escoltados de valdenses, temblando de frio y de miedo las mujeres y los niños confiados á ellos por sus maridos y sus padres para librarlas de los exesos de la soldadesca; pálidos, descamisados, anunciando que no había tregua posible y que un nuevo asalto era inminente.

Pero esto era, sin embargo, como días de fiesta en aquel inmenso infierno lleno de dolor y de espanto: los días en que bajaban de las altas mon-

tañas los diputados valdenses, cansados por largas peregrinaciones por Europa, llevando del Elector Palatino, del Duque de Wurtemberg, del marqués de Baden, de los cantones evangélicos de Suiza, de la iglesia francesa de Strasburgo, de todos los amigos lejanos y valiosos avisos de haber hecho poderosas intercesiones y la esperanza de un porvenir más halagüeño; días en los que volvían sus misioneros de los países protestantes con una preciosa carga de libros piadosos, encontrados tras largas pesquisas y recogidos á precio de grandes sacrificios; los días en que llegaban sus hermanos de Provenza con las armas escondidas bajo las capas; los soldados hugonotes desertados de las guarniciones de Lyon, Grenoble y de Valenza; los rudos compañeros de los Lesdilières y de los Coligny, reunidos allí para combatir y para morir con ellos.

Entónces todos recobraban ánimo; los salmos resonaban más; los pequeños arsenales trabajaban con más fé; las promesas y juramentos se repetían con nuevo ardor; y las compañías armadas se lanzaban desde lo alto más impetuosamente á socorrer á sus hermanos. Bajaban al valle de San Martin, caían en el valle de San German á resistir á los monges de la Abadía de Pincero, se lanzaban

al valle de San Bartolomé á combatir á los Señores de Rocapietra, corrían á librar á Taillaret, volaban al socorro de las poblaciones sitiadas de Bobio, de Rora, del Villar é invadían la llanura combatiendo los incendios con los incendios y las matanzas con las matanzas, hasta San Segundo, Miradolo, Osasco, Cavour....: pero iba bastante más léjos el terror; llegó á veces hasta Turin, hasta las doradas salas de los castillos de Turin y Moncalieri y hasta el mismo corazón de los Estados de los Duques de Saboya, los cuales asomados de noche á la ventana volvían la vista á aquellas grandes montañas negras como á una imagen siniestra y de remordimiento.

\*  
\* \* \*

El Sr. Bonnet nos presentó al maestro, un jovencito, simpático y alegre, el cual tiene una habitación en el edificio del Templo, donde también está la escuela, y una habitación para el pastor.

Aquel guapo joven, además de otras muchas cualidades de *cicerone* excelente, posee la recomendable condición de hacer tortillas, como muy pocos católicos saben hacerlas. Nos sentamos alrededor de la mesa en el cuarto del pastor; una especie de celda monástica desnuda y blanca, con una mesa y cuatro sillas, limpia como si la hubieran estado lavando toda la mañana cuatro criadas holandesas.

Por tres pequeñas ventanas veíamos, de soslayo, los montes de los alrededores, nada más que los montes, los cuales llenaban la vista de los tres huecos como tres tiendecitas verdes y azules. No hay palabras con que encarecer la quietud, la frescura y la sencillez de aquel sitio.

La voz dulce y lenta del pastor, era como una música que acompañaba y traducía el lenguaje de las cosas. Nos hablaba de la inauguración de aquel templo, verificada seis años há, á la cual habían acudido 3.000 personas, que no cabiendo en la iglesia, se habían quedado en el campo y muchos oradores habían hablado desde lo alto del tejado, apostrofando á las montañas gloriosas y terribles; después de lo cual, Prado del Torno, silencioso desde casi dos siglos, había vuelto á recaer en su profundo silencio que por mucho tiempo no volverá á ser turbado.

Después, nos hablaba de sus viajes á la montaña, de cuando va á predicar á los pastores de las cabañas de Loirán, del Infernet, de Giacet, de la Cella, de la Cella vieja; y escuchándolo esperímenté un sentimiento de admiración y aun cierta tristeza, al pensar que mientras yo estaba en mi estudio, abrigado, fantaseando con mi imaginación, aquel hombre tan fino y tan culto, andaba por aquellos montes por senderos escarpados, en medio de la nieve, con vientos helados, solo, con un pedazo de pan y con la Biblia, á predicar la bondad, la resignación y la oración. Pero al ver cómo él hablaba de su soledad y de sus trabajos, con tanta ó más complacencia de la que yo pueda espe-



rimentar al hablar de mis goces, era mayor mi admiración y se desvanecía mi tristeza para ceder el puesto á la envidia.

Sí, aquel buen pastor me era tan simpático, su aspecto y su voz eran tan agradables, me despertaban tan vivamente en el corazón, sentimientos, ó más bien, ecos de sentimientos muertos ó sepultados desde hace muchos años, que de haber estado solo con él, no sé... le habría cogido la mano como á un amigo y le hubiera dicho:

—Veamos... habla... persuádeme... mi corazón no ha estado jamás tan bien dispuesto á sentir, y me parece que ya no hay otra voz más que la tuya de la cual pueda uno esperar algo.

Quién sabe cómo me hubiera mirado, qué me hubiera respondido y de qué manera y con qué palabras hubiese yo replicado.

Me hacía estas preguntas, mirándolo, cuando él se levantó para llevarnos á la plazuela del templo, donde jugaban algunos chiquillos valdenses. Precisamente debajo, al pié de la montaña está la capilla católica á Nuestra Señora de la Misericordia y á San Carlos, descolorida y triste, frente al templo nuevo pintarrageado y triunfante, y parecía que uno y otro se miraban amenazándose con el ojo de su ventana redonda que parecía lan-

zarse al asalto, por echarle por tierra. ¡Buen Dios! ¡Cuán pequeñas parecían en el fondo de aquel abismo al pié de aquellas grandes montañas aquellos montecitos de piedras, cada uno de los cuales parecía decir al otro:—¡Yo estoy más cerca del cielo que tú! Pero bastaba dirigir una mirada alrededor sobre los pocos campesinos valdenses y católicos que pasaban, para comprender que no había ya lucha más que en las fachadas de los edificios.

Pasaban lentamente y á grandes intervalos, saludándose con un movimiento de cabeza, hombres y mujeres, con los instrumentos del trabajo al hombro, ó con la calceta en la mano, casi sin mirarse, como personas de una sola familia que se encuentran por la casa; y en las caras de todos y en sus movimientos, se adivinaba la tranquilidad infinita de sus existencias.

Ellos viven allí, en efecto, como la guarnición de una fortaleza solitaria no visitada más que por curiosos que se detenían pocos momentos una vez al año.

Algunos van de vez en cuando á Torre-Pellice, poquísimos más, de tarde en tarde á la gran ciudad de Pinerolo, y se cuentan ciertamente por los dedos los que han llegado á la lejana y populosa ciudad de Turin.

Una avenida del torrente, la caída de un témpano de nieve, un matrimonio, una muerte, son los grandes acontecimientos, objeto de sus conversaciones durante meses, alrededor de las humeantes hogueras que resplandecen en las largas veladas del invierno.

De las cosas grandes que ocurren más allá de sus valles, no llega á ellos sino un rumor vago y confuso como las olas de un lejano mar agitado por los vientos. El socialismo triunfante podrá invadir el mundo; ellos apenas se apercibirán. De la casa al templo, del torrente al campo, del huerto al castañar; todos los días dan los mismos pasos, revolviendo en su mente las mismas ideas, diciéndose cuando se encuentran las mismas palabras; sus necesidades no son más que un pedazo de pan, una poca de lumbre y el sermón del pastor. Cuando no les han faltado estas cosas durante sesenta años, mueren sin quejarse de la vida.

Y decir que para esto, nada más que para esto, han luchado, derramado su sangre y llorado por 400 años.

\*  
\* \*

Hubiéramos querido permanecer más tiempo todavía en aquella profunda paz; pero viendo que los campos dorados, esparcidos aquí y allá entre los castaños desaparecían unos tras otros rápidamente, nos pusimos en camino para regresar. Volvimos á pasar bajo las enormes peñas, tornamos á escuchar aquel espantoso ruido de agua.

El valle estaba rodeado ya de vastas sombras negras entre las que apenas se veían las casas como manchas más negras; las cimas pedregosas de los montes estaban coloreadas de rosa y de púrpura; el camino aun más solitario que por la mañana. Durante dos leguas no oímos más que el sonido de algun cencerrillo de cabras ó de ovejas, invisibles, y á gran distancia, el canto de una gallina ó el ladrido de un perro que resonaban en todo el valle, repercutido, por cien ecos. Volvimos á saludar á la Sarre, y vimos de nuevo la roca de las Hadas.....

Dos de los cuatro viajeros tenían ya el aspecto, y

el modo de andar del arcediano de Cremona, después de la derrota famosa de Rocciaglie. Pero la vista de la plazoleta de Angrogna les volvió en sí, como la aparición de una hermosa mujer en la ventana.

Allí, el Sr. Bonnet nos hizo ver dos curiosas piedras históricas; una redonda fijada en el suelo, sobre la cual hay la tradición de que el pueblo hace machacar las manzanas sin cáscara á los deudores insolventes, como ya hacían los florentinos, á los fallidos, sobre la piedra grande del mercado nuevo; la otra, de la forma de una piedra de mesa sostenida por un peñasco recto, alrededor de la cual se dice que iban los litigantes, en presencia del pastor, ó de un anciano respetable, á exponer sus razones, por lo cual se llama aun la piedra de la razón; pero no teniendo la una ni la otra huellas de estas operaciones, puede creerse que entre los antiguos valdenses, estaban muy difundidas las dos raras virtudes, de pagar las deudas y de discutir tranquilamente.

La plazoleta estaba solitaria como por la mañana.

Pero aquel diablo de trabajador, cantaba aun, con el mismo vigor y la propia alegría que ántes! Parecía no haber callado en todo el día, y que había de continuar así largos años para parar luego de pronto como una cigarra. ¡Envidiable fin!

¡Yo que tengo tanto miedo de que he de dejar de cantar ántes de morir!

Antes de separarse de nosotros el Sr. Bonnet, tuvo la atención de conducirnos á su casa: una casita blanca, con una pared cubierta de pámpanos, dividida en pequeñas habitaciones, lindas y claras, dispuestas con graciosa sencillez y alegradas por las voces de chiquillos y los acordes de un piano.

No habríamos podido concluir mejor nuestra jornada que en aquella casa sonriente, en medio de aquella amable familia en la cual el ministerio del padre, esparce como un reflejo de la dignidad y de la serenidad religiosas. Pero yo tuve la mala idea de pedir al pastor, y de ojear un libro viejo que no había podido encontrar en las librerías: la historia valdense, de aquel célebre pastor Legét, que vivió en el siglo decimosétimo, y que tuvo importante participación, en muchos acontecimientos, tanto, que la corte de Turin, puso su cabeza á precio de ochocientos ducados.

Su historia trata con particular extensión de los estragos de Pascua, refiriéndose á testigos oculares de los hechos, y está ilustrada con grabados: dícese que es un historiador parcial y ligero, y que ha dicho muchas mentiras y hecho muchas inconveniencias. No lo sé.

Lo cierto es, que no ha mentido en todo, y que muchos de aquellos dibujos representan la verdad quizá con demasiada viveza. Quisiera no haberlos mirado. Creí haber ido demasiado lejos con la imaginación; pero debe reconocerse que ciertas cosas no se pueden inventar.

El autor de aquellos dibujos debe haber visto ciertamente cómo se retuerce y cómo vuelve la vista una criatura humana en la hoguera. No sé qué daría por poder borrar de mi memoria aquellas imágenes, que estoy seguro de no olvidar jamás.

Y despues, la idea de ciertas crueldades, de ciertos dolores, se puede resistir con la imaginación, haciendo un esfuerzo; hasta la idea de la hoguera misma. Pero ¡Dios mío! aquello de ver por un camino, ya manchado de sangre, huir los niños limpios, blancos, sobrecogidos de terror, verlos llegar juntos y agarrados; ver en aquellos queridos cuerpecillos, que hubiéramos cubierto de besos, que hubiéramos mecido, calentando con nuestro aliento, defendido con mil cuidados de un soplo de aire por tantos años, verlos entrar allí, buscando manos y cuchillos, sentirse llamar por sus nombres, y no poderlos defender, no poderlos vengar, no poderse mover, no poder ahullar y tener que estar allí, verlo todo, y morir..... ¡Ah! Ni el alma de un sér

se resiste á esta idea, es preciso desecharla, desecharla para no llorar, para no maldecir, para no odiar al género humano y á la vida, para dejar escapar de la boca las más atroces blasfemias que jamás hayan resonado bajo la bóveda del cielo.

Pero ¿cómo desecharla? Aquella idea me acompañó por todo el camino mucho tiempo despues que el amable Sr. Bonnet nos hubiera dejado, y me dejó callado mucho tiempo; y tambien mis compañeros callaban por la misma causa. Un solo pensamiento había que pudiera rehacer mi ánimo, y me preocupó vivamente: el pensamiento de lo que hubiera sucedido ciento noventa y tres años despues, el día 28 de Febrero de 1848, cuando la diputacion de los valdenses iba á Turin para cumplimentar á aquel Estado, que la había hecho libre para siempre, abría la puerta nueva para hacer su solemne entrada en la ciudad.

Eran más de cien personas, llevaban un estandarte de terciopelo con una inscripcion de plata: *A Carlos Alberto, los valdenses agradecidos*; los precedía una compañía de muchachas valdenses vestidas de blanco, cada una con una bandera. Ya por el camino de los valles á Pinerolo, y de aquí á Turin, iban acompañados con luces y con músicas, festejados como hermanos que vuelven de un largo

destierro inmerecido. Pero el recibimiento que tuvieron al entrar en Turin, fué todavía mejor. El pueblo los aclamó con indecible cariño, las señoras agitaban los pañuelos, por todas partes llovían flores, los torinenses interrumpían la procesion para abrazar á los viejos, y acariciar á los jovencillos, por último, los sacerdotes se lanzaban en medio de ellos, y echaban los brazos al cuello á los primeros que llegaban; muchos lloraban.

Cárlas Alberto quiso que desfilaran primero bajo el balcon real, en aquella plaza del Castillo donde habían quemado á sus padres.

—Han sido por mucho tiempo los últimos,—dijo;—justo es que hoy sean los primeros.

Y pasaron los primeros, tendiendo los brazos á su rey saludados por un atronador grito de la multitud, rodeados, besados, apostrofados con palabras en las que se veía la emocion del que pide perdon, y á las cuales respondían ellos con las lágrimas en los ojos, con ademanes entusiastas y alegres, que querían decir:

—¡No tenemos nada que perdonar! ¡No nos acordamos ya de nadal! ¡Somos hermanos! ¡Tenemos una sóla pátria, un sólo enemigo, un porvenir sólo!—

¡Oh, hermosos momentos de la vida de los pue-

blos, bellas horas gloriosas del corazon humano, páginas de oro de la historia de la civilizacion; sed recordadas, queridas y benditas para siempre! ¡Bendito tú tambien, bello y noble valle de Angrogna, que, en los anales, de la gran guerra por la libertad del pensamiento, has escrito con sangre de tus pastores una palabra victoriosa é inmortal!

